

Ordenación de las ideas básicas del libro de ética de Max Scheler⁽¹⁾

A MI PADRE PROF. VÍCTOR GAZITUA GUZMAN

VALOR

TODA afirmación de la existencia de una especie de objetos, exige la afirmación de una clase de experiencia en que sea dada esa especie de objetos. Todo lo dado es dado en un experimentar. Hay dos clases de experimentar: fenomenológico o a priori y no fenomenológico o a posteriori. El experimentar fenomenológico es puro e inmediato; el experimentar no fenomenológico está condicionado por la posición de una organización natural del ejecutor real de actos y es mediata. La experiencia fenomenológica es inmanente: sólo le pertenece aquello que es intuitivo en el respectivo acto del experimentar mismo, (nunca algo que mediante un contenido es menta-

do como extraño y separado de él); aquí nada es mentado que no sea dado y nada es dado fuera de lo mentado. La experiencia no fenomenológica es trascendente a su contenido intuitivo; en ella es mentado lo que no es dado. La experiencia fenomenológica es intuición de esencias; la intuición (de la verdad) es un "recibir" en forma de relampagueo súbito carente de grados: nunca un fabricar; la experiencia fenomenológica da un "qué" íntegro y sin mengua o no da nada; lo da, ya en una multitud de objetos, ya en un solo individuo; la esencia rojo está dada por ejemplo, tanto en el concepto general rojo como en cada matiz perceptible de ese color; sólo la referencia de una esencialidad a los objetos de la experiencia inductiva, hace que la intención se dirija ya a lo general ya a lo particular. Fenómeno es el contenido de una intuición inmediata en que son dadas por sí mismas unidades significativas ideales y proposiciones. La experiencia fenomenológica es asimbólica y capaz de satisfacer todos los posibles símbolos: da las cosas mismas. La experiencia no fenomenológica es experiencia mediata "por" o "mediante" cualquier símbolo; no da las cosas mismas. Por ejemplo, la experiencia fenomenológica da "lo rojo mismo"; y son aquí experiencias no fenomenológicas 1) el color que indica la palabra rojo, 2) el color de esta cosa o de esta superficie determinada, 3) el color determinado en cierto orden en el cono de colores, 4) el color que "yo ahora-mismo veo",

(1) El presente estudio tiene por finalidad contribuir a la fijación de las ideas fundamentales que Max Scheler desarrolla en "El Formalismo en la ética y la ética material de los valores".

Frecuentemente, se ha señalado que la riqueza de esa obra se verifica en el seguimiento de múltiples y entrecruzados caminos de análisis, y que de ello resulta la fatiga de aquel lector atento a recordar supuestos y necesitado de saber el por qué de la constitución de los tratamientos temáticos.

Nuestro trabajo intenta solucionar las consiguientes dificultades, proporcionando un derrotero estructural, desde el cual sea posible mirar la articulación total del libro investigado, y adentrarse en cada análisis particular disponiendo de un resumen de referencias fácilmente manejable.

Hemos utilizado la traducción de Hilario Rodríguez Sanz, edición Revista de Occidente, Buenos Aires, 1948.

5) el color de esta forma y número de vibraciones. Lo que es intuitivo como esencia o conexión de esencias no puede ser anulado ni mejorado por la observación o inducción. El contenido apriórico únicamente puede ser mostrado; el concepto a priori no soporta definición; la proposición a priori no admite demostración. Son verdaderas a priori las proposiciones que encuentran su cumplimiento en las esencias y conexiones de esencia dadas a priori. La proposición que posee nada más que validez a posteriori sólo se cumple en hechos de observación.

La contraposición a priori-a posteriori es algo absoluto y fundado en la diversidad de los contenidos que satisfacen a los conceptos y proposiciones. La contraposición formal-material es relativa y está únicamente referida a los conceptos y principios según su generalidad. Ejemplo: son a priori las proposiciones (axiomáticas y consecuenciales) de la lógica pura y de la aritmética. Las proposiciones lógicas son formales respecto a las aritméticas y las aritméticas son materiales respecto a las lógicas; ello, porque las proposiciones aritméticas necesitan para cumplirse un plus de materia de intuición. A priori material es todo conjunto de proposiciones que en relación con otras proposiciones aprióricas, tiene validez para una esfera más especial de objetos.

La fenomenología de las cosas trata de las esencias y las conexiones de esencia de las cualidades dadas en los actos y cualesquiera contenidos objetivos. La fenomenología de los actos o del origen trata de las esencias de los actos mismos, de las conexiones que existen entre ellos y de sus fundamentaciones. Una tercera fenomenología trata de las conexiones esenciales que existen entre las esencias de los actos y las esencias de las cosas; v. gr., que los valores están dados únicamente en el percibir sentimental.

La concepción natural del mundo da objetos como cosas valiosas (y desde luego útiles); a partir de allí se obtienen "cosas" (con abstracción de todo valor) y "bienes" (con prescindencia de la naturaleza de cosa).

La esencia de la cosa (la cosidad) no es un valor.

El bien es una cosa valiosa en que está presente la cosidad (no la cosa) y que representa una unidad cósmica de cualidades

valiosas que se halla fundada en un determinado valor básico.

Objeto-con-valor es una cosa en que el valor se halla de un modo fortuito; su unidad cósmica no está constituida por la unidad de una cualidad valiosa.

Los bienes y las cosas son dados con la misma primordialidad. El universo es tan originariamente un bien como una cosa.

En un mundo de iguales "cualitas" podrían ser las cosas muy de otro modo a como son; el mundo de los bienes sería el mismo.

Los valores constituyen un dominio propio de objetos ideales que se dan intuitivamente y se hacen reales en los bienes.

Energía, capacidad, técnica, forman los bienes de un mundo dentro del margen de posibilidades que traza la jerarquía de valores correspondiente a ese mundo.

Cada nuevo bien produce un aumento de valor en el mundo real.

En la percepción natural del valor, la cualidad pura del valor es dada primeramente hasta donde hace conocer al bien como bien de una especie determinada y en los matices peculiares que corresponden a la estructura del bien como un todo.

Han de estar dados los valores mismos y su crecimiento (o mengua) antes que sus meras diferencias. El objeto dado como venerado es dado como inagotable; hace presentir valores siempre más ricos y elevados con cada paso de la penetración sentimental. Los bienes son más superiores cuanto menos susceptibles de posesión (cuanto menos divisibles son); entre los susceptibles de posesión, los más superiores son los vitalmente más valiosos, (el aire, el agua, la tierra); en vista de la cantidad de éstos se "añade" la percepción del valor de goce y de la alegría compartidas con los demás. El alma piadosa da continua y quedamente las gracias por el espacio y la luz y el aire y el favor de la existencia de sus brazos, de sus miembros, de su aliento. Al hombre ingenuo se le hace clara conciencia de los valores que percibe en la medida en que son signos para su conducta (guiada por sus necesidades e instintos corporales); y los valores acostumbran a sobrepasar el umbral de su atención instintiva sólo cuando sus depositarios son tan pocos, que su descubrimiento exige esfuerzo, y cuando unas personas poseen de esos depositarios más que otras; así llegan a ser dadas como valores meras diferencias de valor e incluso simples diferencias de símbolo; el am-

bicioso no cree ser nada en tanto no es más que otro.

Los valores y los bienes son operantes en la vivencia o como motivos; atraen o repugnan. Las atracciones y repulsiones son vividas como procedentes de los bienes; de modo centrípeto respecto del yo; vinculadas al cuerpo y pertenecientes en un sentido amplio "A MI", (pero no como provenientes del yo anímico). Las leyes de motivación existentes entre valores y bienes y las fuerzas de atracción y repulsión condicionan los estados sentimentales.

La belleza de un paisaje y el embeleso de mi mirada en esa belleza son dos vivencias claramente distintas, de las cuales la primera es la base de la segunda. Es su belleza la que actúa; y esa su acción se transforma en el cambio de un estado sentimental.

Algo que está "dado" como malo puede (simultáneamente) tentar y ejercer la "atracción" que en sí lleva incluida (aun cuando no esté dado ningún impulso para ello y aun cuando la voluntad se resista a la influencia vivida).

La exclamación ¡ah! motivada por un paisaje descubierto súbitamente expresa un estado sentimental: no mienta nada, no significa nada. La proposición "este paisaje es bello" mienta y significa "algo" que hay en el paisaje: cuando lo expreso me hallo vuelto a los contenidos y vivo en estos objetos. A (y en) mi aprehender lo bello de esos objetos puede enlazarse cualquier estado sentimental (y puede éste encontrar cualquiera expresión), pero no es mentado tal estado; (lo mismo en la expresión "esto es rojo" no miento que experimenté sensaciones en los músculos de los ojos). El estado sentimental y su expresión pueden disminuir hasta la indiferencia estando intacto el grado de aprehensión del valor; v. gr., así comprobamos con la mayor frialdad e inexpressión la existencia de un valor moral en un enemigo nuestro.

Un menosprecio de bienes económicos puede resultar: a) de una particular exuberancia de la naturaleza, b) de un menor desarrollo del sentimiento de los valores del tipo correspondiente, c) de un embargo sentimental por valores dados como superiores. Solamente este último es un motivo moral.

Hay conexiones esenciales entre valores y depositarios de valores. Únicamente las personas pueden ser (originariamente) buenas y malas. Agradable, útil, son valores

de cosas y sucesos. Nunca puede una persona ser agradable o útil. Y no existen cosas ni sucesos moralmente buenos o malos.

Los valores éticos tienen depositarios originarios que nunca son dados como objetos y que son dados "como reales", (no obstante ser a veces parte de un objeto estético, v. gr., en un drama). Los valores estéticos tienen como depositarios a objetos que se dan "como apariencia".

Confusión de valor con depositario es la forma categorial del fariseísmo, que consiste en separar a los buenos de los malos por notas reales, (v. gr., pertenencia a clase o partido, propiedades del cuerpo o del alma, etc.).

Bueno-en-sentido-infinito sólo pertenece a la idea de Dios; sólo El "há" el valor supremamente Más Alto; sólo Dios es Bueno. En sentido absoluto valor bueno o malo es aquel que se manifiesta en el acto de realización de aquel otro valor que es "el más alto" o "el más bajo", (según el grado de conocimiento de la persona que lo realizó). En sentido relativo, bueno o malo es el valor que se manifiesta en el acto dirigido a la realización de un valor más alto o más bajo, considerado desde el punto respectivo de partida en los valores. El ser mismo de la persona lleva en sí el valor bueno o el valor malo con anterioridad a todo acto particular; depositarios secundarios de los valores morales son las direcciones del poder moral de la persona, (virtud o vicio); depositarios terciarios son los actos, (querer, obrar, prometer, perdonar, obedecer, etc.). En primer término, es bueno (o es malo) el acto realizador de valores que (por virtud de la materia que tiene en la intención), coincide con el valor que ha sido preferido (o postergado) y se opone al valor que ha sido postergado (o preferido); en segundo término valor bueno (o valor malo) es aquel que va vinculado al acto que realiza un valor positivo (o negativo) dentro del grado más alto de valores o del supremo grado en su caso. El valor bueno se "manifiesta" en el acto voluntario; nunca puede ser "materia" de ese acto; ejemplo: el que no quiere hacer bien al prójimo y toma sólo la ocasión para "ser bueno", no lo es: es un fariseo que quiere aparecer bueno ante sí mismo.

En los objetos se revela el contenido absoluto de ser y valor del universo; el contenido a priori de las esencias se halla en las cosas mismas; las proposiciones y conceptos del entendimiento se cumplen en

aquel contenido. Las reglas del razonar ético o estético son reglas de la lógica; las leyes del contener valores éticos o estéticos (y por lo tanto las leyes del aprobar o reprobar contenidos de valores —que suponen a las primeras—) son leyes de un vivir hechos peculiares y no son leyes lógicas. Toda necesidad del deber tiene su origen en la intuición de las conexiones aprióricas que existen entre los valores; únicamente puede convertirse en deber lo que es bueno. Necesario es aquello cuyo contrario es imposible; (se afirma en todo intento de pensar o querer de otra manera); la intuición del ser o del valor de un hecho no requiere haber pasado por el pensamiento de un contrario. La necesidad de una proposición se apoya sobre la intuición de un hecho a priori; esa proposición vale para todos los casos que incluyen ese hecho. Necesidad sólo existe originariamente entre proposiciones: no entre hechos de intuición; necesarias son aquellas proposiciones cuyos contrarios contradicen a proposiciones evidentemente verdaderas, (esto, conforme al principio de contradicción, que no es en sí mismo necesario sino evidentemente verdadero); siempre que hablemos de necesidad debemos suponer como verdaderas, proposiciones con arreglo a las cuales son necesarias las concatenaciones de proposiciones. La verdad es una idea que se cumple cuando el contenido significativo de un juicio en forma proposicional, coincide con la existencia de una situación objetiva y además esta coincidencia está dada de un modo evidente. La proposición verdadera es verdadera porque es intuitiva a priori; la proposición es verdadera porque el ser de algo contradice en la intuición su no ser; si la proposición es verdadera su contrario será imposible. La validez es propia de proposiciones que son verdaderas en sí mismas, en cuanto que estas proposiciones o sus contenidos significativos son referidos a una posible afirmación; esto es también exacto para las proposiciones que atribuyen (un) valor a una cosa. La verdad de la proposición no consiste en su validez; el valor no es una mera validez; la verdad no es un valor; tienen valor: el acto de investigar la verdad y la certeza de una proposición verdadera; el conocimiento de la verdad es un valor.

Existe una conexión entre el ser del objeto y el ser de la vivencia emocional. En el amor se percibe inmediatamente la al-

tura de un valor con su cualidad. El amar y el odiar forman el estrato superior de la vida emocional intencional; son actos espontáneos; (se dice: amo u odio algo y no amo u odio “en” algo o “por” algo); en ellos se amplía o se restringe la esfera de valores accesibles al preferir y al percibir sentimental; el apriorismo del amor y el odio es el fundamento de todo otro apriorismo: funda el conocer apriórico del ser y el querer apriórico de contenidos. Las vivencias del preferir son intencionales: tienen dirección y prestan sentido; preferir y postergar son más altos que las funciones emocionales de la percepción sentimental. La percepción sentimental de los valores se basa en un preferir y postergar que los capta en su jerarquía. El respeto supone la percepción sentimental de un valor dado y después una apreciación de su objeto. El acatamiento contiene la apreciación y una intención vacía de valor. El contagio servil de la tendencia por la pura forma imperativa como tal, carece de esa intención vacía de valor. (En los fenómenos de la expresión percibimos y comprendemos la psique ajena en general. (a) Las conexiones de comprensión y sentido entre los estados de valor y las reacciones emocionales y (b) las leyes de la gramática universal de la expresión, hacen posible el comprender).

Es esencial a los valores que unos sean más altos que otros; la superioridad de un valor sobre otro se aprehende en el preferir; la inferioridad es dada en el acto de postergar; el preferir puede referirse a bienes o no, siendo respectivamente empírico o apriórico; el preferir se realiza sin ningún tender, elegir ni querer. Que el valor B es superior al valor A es dado lo mismo en el preferir B ante A que en el postergar A tras B; es ascético percibir la superioridad del valor a través del acto de “postergar” apeteciendo la virtud en la lucha contra el vicio; es positivo “preferir” viendo desde esa su altura al valor inferior y enterrando los vicios bajo nuevas virtudes. El preferir puede ser consciente y con reflexión —entre los valores dados, con penoso avanzar hasta el valor superior; puede también ser automático: en el abandono entusiasta al valor superior parece que éste nos arrastra hacia sí. La conciencia de la mayor altura de un valor no requiere que sea dado el valor por referencia al cual aquel es superior: basta que una conciencia de dirección señale al inferior;

(mientras más decidido es un preferir, menos se dan los restantes valores de la serie en que ocurre la preferencia). Al preferir un valor, podemos tener conciencia de un valor superior sin llegar a percibirlo, como cuando nos damos cuenta que hubiéramos podido hacer algo mejor a lo hecho, pero sin saber qué. Una acción es dada como preferible a otras sin representarnos estas otras; sólo se requiere la conciencia del poder preferir cualquiera otra cosa; lo mismo acontece con el preferir un querer a otros. El elegir es un acto de tendencia; la tendencia ha de fundarse "ya" en el conocimiento de una superioridad del valor; se elige aquél de los posibles fines que va fundado en un valor superior; cuando elegimos el fin fundado en un valor inferior es por una ilusión del preferir; toda elección tiene lugar entre un hacer y otro hacer.

No toda tendencia ha de estar fundada en una percepción sentimental. Hay las siguientes formas de tendencia: 1) un aspirar dirigido hacia nuestro yo sin salida de un estado; 2) salida de un estado concreto (aprehendido como tal) que encuentra una ruta "hacia" —sin originaria dirección de objetivo—; 3) primaria dirección clara (v. gr. me da hambre, me ciega la sed), sin contenido de imagen, ni materia de valor; 4) dirección hacia un valor (v. gr. anhelar, tener gusto en algo); 5) con presencia de un objetivo (inmanente a la tendencia). Podemos percibir sentimentalmente valores morales en la comprensión moral de otro, sin que estos valores sean apetecidos, ni sean inmanentes a una tendencia. Es un engaño estimativo tomar algo por positivamente valioso, porque nos es dado en una tendencia y por negativamente valioso lo dado en una contratendencia; es así como sobrestimamos (o subestimamos) los valores respecto los cuales experimentamos un poder apetecer (o un no poder apetecer); una ilusión puede transformar el valor subestimado en valor negativo; éste es el origen de toda resignación inauténtica, de todo ascetismo inauténtico y de todo resentimiento; (la resignación auténtica es la renuncia a desear un valor percibido y reconocido como positivo). Cuando el placer se convierte en objetivo de la tendencia, acontece sobre la base de que ese placer es un valor o un desvalor.

Fin es un contenido de imagen cualquiera —(del pensar, representar, percibir)— dado como a realizar —(en el sentido de que algo deba ser o no deba ser)—; medio

para un fin es todo lo relacionado con la realización. Los fines de la voluntad son contenidos de objetivo de la tendencia presentados como "algo a realizar", "algo que debe ser real", "algo querido" (y —a semejanza de los deseos— representados de alguna manera en las apeticiones). La bondad o maldad de un fin, depende de los valores del acto que propone ese fin y de los valores que se han de realizar en su proposición. La persona buena se propone también fines buenos. La distinción moral de valor más honda que existe entre los seres humanos, consiste en las materias de valor y en sus relaciones de estructura dadas intuitivamente, que indican todo posible margen del proponerse fines. Nuestro querer es bueno si elige el valor más alto radicante en las inclinaciones. El conocimiento de la altura de las materias valiosas dadas en las inclinaciones se presenta en el preferir.

El percibir sentimental pertenece a las funciones de aprehensión de contenidos y fenómenos; los estados sentimentales pertenecen a los contenidos y fenómenos. En el percibir sentimental sentimos inmediatamente "algo": una determinada cualidad de valor (no sentimos "por algo"). Este percibir sentimental es función cognoscitiva a diferencia a) del percibir sentimental de los sentimientos —(en éste, la magnitud del sentimiento puede "saturar", tornándose la persona momentáneamente insensible a su respecto, v. gr. en las conmociones muy fuertes de terror, este percibir se aproxima a cero)—, b) del percibir sentimental de caracteres anímicos emocionales de objetos (v. gr. la serenidad del cielo). En los tres percibires hay intencionalidad. Son intencionales las vivencias que pueden mentar un objeto y en cuya realización puede manifestarse algo objetivo. En el sentir intencional hay un primario referirse y dirigirse hacia valores; es un movimiento puntiforme procedente del yo y dirigido al objeto o es un movimiento que viene dirigido al yo, en el cual algo me está dado y llega a su aparición; además de intencionalidad hay aquí dirección. Hay modos de conducta que tienen dirección y carecen de intencionalidad, v. gr. cuando las exigencias de los valores no se cumplen (ejemplo: estamos tristes porque no podemos entristecernos como lo exige la muerte de una persona amada).

Es frecuente que el valor del proceso sea aprehendido clara y distintamente,

mientras que el proceso mismo está presente obscuro y confusamente. Aprehendemos claramente valores sin aprehender la presencia del depositario; así, por ejemplo, a veces sentimos una honda satisfacción por nuestro proceder de un día determinado, sin saber exactamente a qué acción, o a qué comportamiento se refiere esa satisfacción. Si una persona recibe una misión que le promete la realización de un valor superior; (y) este valor sin fluctuar la ilumina; (entonces) desencadena y tensa todas sus energías; le confiere un hacer muy distinto al de antes; y la libera de hábitos; aunque fluctúe el contenido de imagen o de concepto de la misión y palidezca la representación de lo que se ha de hacer. Podemos tener plena evidencia del valor sin tener plenitud del objeto, ya en su representación, ya en su significación; por ejemplo, podemos tener plena evidencia de la belleza de un poema y no saber en qué reside. Las aspiraciones intencionales de valor sirven de guía a las variaciones de imagen. El mejor diferenciar valores acarrea un mejor diferenciar sensorial (como le ocurre a los catadores de vinos); en cambio, el análisis técnico y estético de un cuadro estorba la captación de su valor artístico. Los valores de las vivencias psíquicas están dados por sí mismos y primariamente; así, a un impulso de venganza le es intuitivamente inmanente un desvalor y a una vivencia de simpatía le es intuitivamente inmanente un valor positivo. Los valores de la tendencia en esbozo están dados "ya" en un punto de su origen, en que no hay ni vivir pleno de ese esbozo, ni vivir pleno de la dirección proyectada de ese esbozo, ni un proyecto definido; así, la evidencia de la maldad de un impulso puede ahogarlo en germen; así, el auténtico sentimiento de vergüenza se muestra en que primariamente al menos vergonzoso, se le ocurren cosas que no le vienen a la mente al más vergonzoso. El componente de valor del objetivo de la tendencia es dado claramente desde el principio y el componente de imagen es dado al principio en cualquier grado de claridad (v. gr.: vivir una disposición para ser benévolo con alguien sin tener todavía a la vista respecto qué).

En un percibir sentimental han de ser captados ciertos males para que ellos exciten la cólera; en la cólera (que se eleva dentro de mí) no capto nada; los objetos (percibidos, representados, pensados por

mí) excitan mi cólera; sólo después (en los casos normales con toda rapidez), refiero mi cólera a esos objetos a través de la representación.

Seres normales diversos reaccionan ante las mismas cosas con placer los unos o displacer los otros, porque en esas están realizados distintos valores para unos y otros. El que se siente a sí mismo como no debiendo ser, apetece los valores negativos y rechaza los positivos. Todo preferir (o postergar) un valor más alto va acompañado de un aumento en la profundidad del sentimiento positivo (o negativo). Todo preferir un valor más alto o un valor más bajo habilita el preferir ulterior de la misma naturaleza. La existencia de un valor positivo (o negativo) sentimentalmente percibida origina placer (o displacer); la apetición de un valor positivo (o negativo) origina satisfacción (o insatisfacción), tanto cuanto más logre su objetivo esa actividad; y la contratendencia —a esos respectos—, origina insatisfacción (o satisfacción) en su logro.

En el ser humano normal la conciencia del valor de una cosa y la peculiar conciencia valorativa que esa cosa tiene para él, no se mezclan porque las espera en diferentes "lejanías" o importancias. El egoísta tiene como punto de vista seleccionador de valores de su percepción sentimental, "el valor de ser el depositario de valores"; (el egoísmo proviene de una decadencia de los sentimientos de simpatía originarios y se conforma en una desilusión, en una enfermedad (que encauza toda la atención hacia el organismo propio), etc.). Al egotista le continúan siendo dados los puestos de los valores de los objetos y del ser valioso objetivo en general, pero en los puestos le aparecen las cualidades valiosas de sus estados sentimentales; y éstas le ocultan más o menos completamente las cualidades valiosas de las cosas respectivas; así, por ejemplo, cree que la comida "es mala", porque le "hace mal".

El que decide de un modo diverso en las mismas situaciones, o se atribuye en la misma situación algo que rehusa para otros, o varía una decisión libre sin nuevos motivos, padece ilusiones que respectivamente son: tener como distintas situaciones que son iguales, tener la situación propia por diversamente valiosa que la de los demás, creer cambiadas unas situaciones objetivas que continúan siendo las mismas. Todo esto es caer en ilusiones: por

“mala voluntad” (no por incumplimiento de las leyes de la valoración).

La perversión de la tendencia se presenta en el rechazo del bien y la apetencia del mal; es el fundamento de las ilusiones del valor; la ilusión consiste en reputar bueno lo que está dado como malo.

El hambre es un impulso sin dirección (a valores), acompañado de abrasadoras sensaciones orgánicas y acentuado por dolores penetrantes; se sacia; (y no tiene “contrario”). El apetito y el asco son funciones vitales del percibir (conocer) sentimental dirigidas hacia el valor. El impulso instintivo del comer y su opuesto la náusea, son consecuencias del apetito y del asco. Normalmente el impulso de comer sucede al apetito y la náusea sucede al asco; en otro caso hay perversión. Lo primario es la perturbación del instinto, no del sentimiento sensible; en el comienzo de toda perturbación se halla unido aún a la tendencia el sentimiento negativo; lo repulsivo continúa siéndolo también para el pervertido; sólo paulatinamente sigue el sentimiento al instinto perturbado. El apetito y el asco pueden engañar (como puede hacerlo todo percibir sentimental de algo), mas no pervertir. Apetito y asco deciden de antemano a qué estado de sentimiento sensible se llega y a cuál no; los valores agradable y desagradable aparecen únicamente en la medida en que apetito y asco ya han dictaminado. Los correlatos del apetito (invitador y atractivo) y del asco (asqueroso y repugnante), son datos (fenomenológicos) que sirven de fundamento al concepto de valor nutritivo de una substancia (que es la evaluación del valor alimenticio de la substancia y sus constitutivos, es decir, la cantidad óptima de sus fuerzas reconstituyentes para el organismo).

La intuición plenamente adecuada, autónoma e inmediata de lo que es bueno, impone también forzosamente un querer autónomo de lo aprehendido como bueno. La conciencia moral es una forma de economizar intuición moral última; se dirige al “bien en sí que es para mí” no contenido en las normas de validez general; opone reparos: nunca dice que algo es bueno; no se presenta en todos los seres humanos; ha engañado: a) cuando claramente recordamos que en una conducta no se pensó nada malo, simultáneamente a advertir “ahora” que hubo maldad en esa conducta; b) cuando desde una intuición indicadora de una conducta de superior valor a la

anterior sentimos que ésta fué mala. Es posible que un individuo único aprehenda primeramente cualidades morales de valor en la historia. Puede ocurrir que los valores accesibles a ciertos hombres no tengan exigencia de validez universal. (Es posible que sólo un individuo tenga evidencia plena de un contenido de deber relativo a él mismo y válido exclusivamente para ese único caso, poseyendo a la vez conciencia de que ese contenido no es apto para hacer de él un principio de legislación universal. No es forzoso que las diferentes razas —(piénsese que se han originado en distintas sub-especies antepasadas del ser humano y primates, piénsese que en una sola)—, posean uniformemente las potencias para la realización de los contenidos del deber ideal). El escepticismo proviene de no poder estar solos en los problemas morales y pretender respecto de ellos coincidencia con los demás. Todo ser y vivir, querer y obrar buenos, suponen la intuición moral; empero, la captación subjetiva para esa misma intuición, supone el buen obrar y vivir.

Hay seres humanos a quienes resulta mucho más difícil aprehender los valores de los otros que los propios; le es necesario este imperativo: cuida ante todo de los demás. Hay seres humanos que sufren una morbosa manía de sacrificio; le es necesario este imperativo: cuida de ti antes de cuidar de los demás; (el auténtico sacrificio (ya en la intención), se hace en pro de un valor dado como superior: el bien sacrificado ha de estar dado como bien de un valor positivo).

Los valores supremos son dados como eternos. Los valores superiores son dados como duraderos. Los inferiores son dados como fugaces. Es esencial al auténtico acto de amor ser sub-specie quadam aeterni; si ello no acontece fácticamente es porque nos habíamos engañado; no hay amor en el decir: te amo durante un cierto tiempo. Es esencial la fugacidad a la intención de una sociedad (de intereses) y a sus valores de utilidad. Dicha y desesperación persisten y duran con el cambio de fortuna o adversidad; éstas con el de alegría y pena; éstas con el de comodidad e incomodidad vitales; éstas con el de bienestar o malestar sensibles; al vivir estas vivencias vivimos “ya” en ellas mismas su durabilidad esencial (sin esperar la experiencia de la duración fáctica).

Los valores son tanto más altos cuanto

menos fraccionados resulten por la participación de muchos en ellos. Un mismo valor agradable sensible requiere el fraccionamiento de su depositario y el fraccionamiento de sí mismo, para ser percibido y gozado por una multitud de seres; en la percepción sentimental de esta clase de valores queda excluido un simpatizar; por esencia separan y desunen a las personas que los sienten. El valor indiviso de una obra de cultura espiritual indivisa puede ser aprehendido por muchos que lo sienten y gozan (sin perjuicio de la limitación al acceso del depositario); es por esencia comunicable ilimitadamente. Lo que unifica más íntima e inmediatamente es la común adoración y veneración de lo santo; las guerras de religión y luchas confesionales pertenecen a los símbolos y técnicas, no a lo santo mismo.

Un valor es fundamental a otro cuando este otro (o subordinado) se da sólo si está dado el primero. Así, lo útil está subordinado a lo agradable y se funda en lo agradable; lo agradable a y en lo vital (el que muere ya no tiene dolor ni placer en nada); lo vital a y en lo espiritual; y todos los valores posibles se fundan en el valor de un Espíritu Personal e Infinito y en el valor de un universo de valores que de aquél procede. El valor de lo agradable en la vida enferma está subordinado al valor de lo agradable en la vida sana: ¿qué persona normal por muy desgraciada que sea envidiaría al parálitico por su pura euforia paralítica? Sólo el todo del organismo es depositario del valor vital vida; las partes del organismo son depositarios de otros valores vitales; el bienestar o malestar del organismo subordina al estar de una parte (así ocurre, v. gr., en el dolor intenso del arrancamiento de una mera uña, en el placer que surge en muchas enfermedades del pulmón o en cierta fase de la muerte por asfixia, etc.).

Satisfacción es una vivencia de cumplimiento; acaece cuando se cumple una intención hacia un valor, mediante la aparición de éste; la satisfacción prepara el aprehender de valores sean dados éstos o no con anterioridad en una tendencia o en un querer como valores a realizar; satisfacción menos profunda es la que existe (y se percibe) porque existe una más profunda. El valor más alto produce una satisfacción más profunda. Sólo cuando hay satisfacción en lo más céntrico de nosotros (allí donde más en serio somos) nos satisfac-

cen plenamente valores inferiores como en contentos sensibles o en ingenuas alegrías; cuando hay allí insatisfacción aparece un ansia incansable de valores sensibles.

Relatividad de un valor es su puesto frente a los valores absolutos; el valor absoluto es dado inmediatamente como tal en el modo de la seguridad; mientras más próximo a él cualquier otro valor es dado como más alto que uno más alejado; este darse es ratificado por la mayor constancia del más próximo. El acto de amor auténtico y puro hacia una persona se destaca, se desvincula de los valores vividos como ligados a nuestros sentidos y a nuestros sentimientos de la vida. El valor de lo agradable es relativo a un ser dotado de sentimientos sensibles; un ser no dotado de esos sentimientos, v. gr., un ángel, en un puro sentir (no sensible, no vital) comprende el sentir de esos valores sin percibirlos (comprende a "seres que sienten los valores sensibles", "todo lo cual vale"). Hay cosas que para unos animales constituyen un alimento y para otros un veneno; esto no es relatividad del valor sino referencia al depositario, que es relativo a la constitución psicofísica del ser real respectivo.

Los valores de persona son más altos que los valores de cosa. Los valores de persona pertenecen inmediatamente a la persona; son: a) valores de la persona misma y b) valores de la virtud. Los valores de cosas (valiosas) se presentan en los bienes: a) materiales (o de goce y utilidad), b) vitales (v. gr., económicos) y c) espirituales o de la cultura.

Los valores propios y los valores extraños tienen la misma altura. El acto realizador de un valor extraño vale más que el acto realizador de un valor propio.

Los valores de acto son más altos que los de función y éstos que los de reacción; de acto, los hay en los actos del conocer, amar, odiar, etc.; de función, en las del ver, oír, sentir, etc.; de reacción, en la compasión, venganza, alegría-de-algo, etc.

Los valores de la disposición de ánimo son más altos que los de la acción y éstos, que los del éxito.

Los valores de vivencias intencionales son más altos que los valores de vivencias de estado.

Los valores fundamentales son más altos que los formales y éstos que los relacionantes; así, el valor de ser persona-cónyuge es más alto que el de matrimonio y éste, que el de vivir-en-matrimonio.

